

PUNTOS
DE SUSCRICION.

Los mismos que
los del COMER-
CIO.

LA MODA



PRECIOS
DE SUSCRICION.

Para los suscri-
tores á EL COMER-
CIO 4 rs. al mes.
Para los suscri-
tores 6. Para los
de fuera 7.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.

SALE TODOS LOS DOMINGOS.

FUNCIONES NOCTURNAS.

TOROS.—LA PARISINA.—UNA POLKA.

Estraño deberá parecer á quien esto lea el ver que colocamos á una corrida de toros en el número de las funciones nocturnas, pero ello es que tal acaeció en la última verificada el Domingo, en la que el rubicundo Febo tuvo por conveniente dejarnos á buenas noches hácia la mitad del sexto toro, á pesar de que hubiéramos deseado ardientemente hallar allí algun Josué que le atrasase el relóx siquiera por media hora.

En efecto, comenzó la corrida á las cuatro en punto, hora señalada en la papeleta, y acertó á ser el primer toro tan bravo y tan pegajoso que entendemos ser esta la hora en que estaría tomando varas y matando caballos si la autoridad no hubiese prudentemente reflexionado que había aun otros siete animalitos en el chiquero, que estos, á fuer de hermanos del presente, era probable fueran muy buenos, y finalmente, que una tarde de mediados de Setiembre da harto menos de sí que las de San Juan ó San Pedro. Bien contra la voluntad de público tocóse á banderillas, y bien contra la del toro lo mató Redondo, en cuya operación empleó este mucho mas tiempo que el que generalmente acostumbra.

Siguió brillante la corrida, y por consecuencia la 1.ª, mereciendo especialísima mención el quinto toro, cuyas proezas eclipsaron las de su hermano el cuarto, y merced á las cuales se le indultó de la pena de muerte á petición del público, si bien hubo de olvidarse la circunstancia legal de obtener el previo perdón de la parte ofendida, esto es, del picador Erasmo Olvera que yacía en el lecho, magullado, contundido y con las narices hechas una plasta.

Sin embargo, en estas y en las otras se nos venia la noche á mas andar, de forma que el sexto

toro casi murió con el trepúsculo. El séptimo acabó de correrse á tientas, y á duras penas llegamos á descubrir que el último había salido á la plaza. Dicho se está que ni él veía á los lidiadores, ni los lidiadores á él, ni nosotros á este ni á aquellos de forma que la corrida era una pura adivinanza de lo que estaría sucediendo algunas varas mas, abajo. Viendo la imposibilidad de pasar mas adelante, y satisfecho plenamente el cortísimo público que todavía quedaba allí jugando á la gallina ciega, se dispuso por el señor teniente de alcalde fuese encerrada la res; pero al ir á verificarlo salimos con que los cabestros, llevados por el dueño ó mozo, habían tenido por conveniente marcharse á estramuros sin permiso de nadie, y por tanto era humanamente imposible el cumplir lo mandado.

Ahora bien, creer que el toro se encerrase á sí mismo bajo su palabra era cosa que á nadie podía pasársele por la imaginación; por consiguiente la autoridad, previa una multa impuesta á quien hubiese lugar por la desercion de los cabestros, mandó, de acuerdo con el dueño del ganado, que el animal permaneciese en la plaza hasta el día siguiente con su guardia á estilo de embajador ó cosa tal, merced á cuya precaucion pudo encerrarse al amanecer sin temor de fechoria.

De lo dicho resulta que nadie pudo ser responsable de que anocheciese sin el sol, y que pues los toros entraban á todas las varas creciéndose cada vez mas no era justo dejar de complacer al público que pedía no se tocara á banderillas, pues al cabo los encerrados podían ser regulares ó flojos y hubiera sido dejar por lo dudoso lo cierto. En suma, aquella tarde nos sucedió lo que á los niños glotonos que rabian si no los dejan hartarse de los primeros platos y cuando llegan los dulces lloran porque ya no pueden comerlos de puro ahitos.

Por una de aquellas inoportunidades de que no es posible dar una razon acaeció el que la concurrencia fuese muy escasa; y decimos que esto no se alcanza porque los toros eran de la famosa ganaderia del señor don Joaquin de la Concha y

Sierra, que tanto habia lucido en la anterior corrida. Mucho deben de haber sentido los aficionados el perder la mejor de la temporada.

Capítulo de otra cosa. Al salir la gente de los toros entraba la del teatro Principal en la ópera, por lo mismo con ella nos iremos para ver de decir algo acerca de la *Parisina*, sucesora de *Gemma de Vergy*.

No sabemos si porque aquella ha sido mejor ejecutada o porque los recuerdos no eran tan recientes, tan palpitantes como en esta, ello es que ha agradado mas, en lo cual puede tal vez haber tenido parte la mejoría del señor Tamberlik, que como dijimos otro día se hallaba visiblemente indispuerto en las primeras funciones. La señora Albertini cantó con señalada maestría y agilidad de garganta su bellísima cabatina de salida, y obtuvo en ella unánimes bravos y estrepitosas palmas. Otro tanto alcanzó, en union con el citado señor Tamberlik, en el duo que le sigue, y el público hizo justicia á la brillante y robusta voz de ambos cantantes, los que siguieron siendo aplaudidos en el resto de la ópera, mereciendo tambien el señor Sermattej muestras del agrado con que son acogidos sus esfuerzos.

La Polka, ese baile de moda siempre repetido en el Circo, esa maravilla importada de Bohemia y que por la via de Londres y de Paris ha llegado en alas de la fama hasta nuestra corte; *La Polka* se ha bailado ya en el teatro de Cádiz, siendo recibida con harto menor entusiasmo que el que debiera esperarse atendida su colosal reputacion. Muy bella es la señora Maywood, baila con mucha gracia y agilidad, su traje es lindísimo, muy caprichosos sus plateados tacones, y esto nos hace creer que no ha sido su culpa ni la del señor Mabilie si el tal baile no ha parecido cosa mayor. Tal vez sea *La Polka* como el vino de Valdepeñas que pierde un ciento por ciento al pasar Despeñaperos.

Pronto van á comenzar las óperas nuevas, siendo la primera *Nabucodonosor*. No conocemos su argumento; pero será curioso el ver qué clase de música le viene bien á un personaje que, segun la sagrada escritura, comia heno como los bueyes y vivia entre las bestias. Esto de pastar parecemos que ha de ser el bello ideal, como ahora se dice, del romanticismo moderno.

F. F. A.

EL AMOR Y LA RAZON.

«Cuando el hombre empieza á razonar deja de sentir.»

J. J. Rousseau.

En cierto dia dulce y sereno, de aquella estacion

deliciosa á cuyas encantadas auras se abren igualmente las almas que las flores, se encontraron por la mañana—¡quién lo hubiera dicho jamás!—El Amor y la Razon.

Empezó el Amor á referir su sueño de la víspera, y empezó á discurrir la Razon sobre el tiempo que corría.—Ciertamente era la mañana hermosa y risueña, y los dos se acomodaron para seguir juntos su camino.

El rapaz se prometia ir retozando, llevando á la Razon la delantera; pero la dama, cual otra magestuosa Juno, marchaba sin alterar la regularidad de sus pasos, á grandes zancadas, y á medida que adelantaba, proyectaba la larga sombra de su seca figura.

Claro es que el Amor, mientras iba á su lado, se quejaba de la frescura del tiempo, apesar de la brillantez del sol; porque la sombra de la Razon lo cubria enteramente y le iba dejando poco á poco helado como un caramelo.

Esforzabase en vano el pobre rapaz en calentarse agitando sus alas, y procuraba descubrir un sendero mas espuesto al dulce calor del astro del dia; por mas que hacia, siempre se hallaba envuelto en la sombra de la gigantesca virgen que se interponia entre él y el sol.

«No es eso justo, exclamó al fin el Amor niño: el sol no brilla para vos sola!» Y diciendo estas palabras se lanzó por entre una espesura de mirtos, dando un adiós á la magestuosa ninfa.

El dichoso vagamundo discurrió entones muy buen rato por los prados, por el borde de los arroyos, aspirando el grato olor de cada brisa, y bebiendo el placer en cada hilo de sol.

No hubo bosque, ni alameda, ni misteriosa enramada que le ocultase sus secretos tesoros: probó de todos los frutos, aspiró el perfume de todas las flores hasta tanto que perdió de todo punto el gusto, el paladar, el olfato y toda clase de sensaciones.

He aquí que el sol, en toda la pompa de su grandeza, empieza á verter en la árida pradera su viva lumbré. Mas, ay! el rapaz empieza á languidecer y la fiebre hace arder la sangre de sus venas.

Se marchitó el sonrosado matiz en sus sienes infantiles, y su fascinadora sonrisa murió en sus descoloridos labios.—Ah! ¿dónde estaba entonces la Razon para proteger al Amor con su benéfica sombra?

Dirigió por fin sus pasos hacia el pie de una antigua palmera, que con la sombra de su doseil verdoso, protegía la tierra donde habia brotado; encaminóse allí buscando un abrigo, y vió á la ninfa, calmada, é inclinada la frente que mostraba tan fresca y serena como él tenia abrasada y delirante la suya.

«Ah! refréscame en tu seno!» murmuró el niño á los pies de la virgen. Abrió ella los pliegues de su vestidura, y cñó con ellos la cabeza febril del Amor.

Al contacto de su helado seno, sintió calmarse y disminuirse de repente sus ardientes palpitaciones. Cedieron por fin.... Pero ay! era muy intenso el hielo, y el Amor espiró en los brazos de la Razon.

G. T.

MI SUEÑO.

En noche tranquila, que vida derrama:
Amante en tus brazos, tu aliento bebí;
Gozé de tus ojos la vívida llama,
Tu mórvido seno latiendo sentí.

Tus negros cabellós el viento agitaba
Flotando volubles del cuello en redor;
Tu mano de nieve la lira pulsaba,
Tu májico acento cantábame amor.

En blanco ropage tu talle escondido,
Robaba á la vista su gracia gentil,
Cual tallo de rosa mostrábase erguido:
Tus labios besaba la brisa sutil.

Tan solo las flores, tan solo la luna
Gozaron la dicha de verte cual yó,
Pues fueron tus brazos entonces la cuna
Do tantas venturas mi alma gozó.

La luna modesta sus rayos tendía
Cual hilos de plata hiriendo en tu faz.
La brisa envidiosa sus hebras rompía
Llenando de arómas tan grato solaz.

De pronto una sombra sentí me ofuscaba,
La luna á mi vista también se perdió,
Tu sombra divina de mí se apartaba...
Y en densas tinieblas el campo quedó.

Ensueños de gloria de un alma que ansía...
Pues fueron delirios de amor que soñé;
Terrible destino! cruel fantasía!
¡O sueño divinc!... ¿Por qué desperté?

José Sanchez Albarran.

TEATRO DEL BALON.

ELENA, drama en 5 actos y en verso.

El señor Breton de los Herreros, deseando sin duda dar alguna variedad á sus producciones, escribió años ha el presente drama por vía de ensayo, y el prestigio de su nombre bastó para que todos los teatros se apresurasen á ponerlo en escena. Sin embargo, como de entónces acá no haya sido ejecutado en Cádiz, resulta que en su última apaición hubo de traer consigo todo el aliciente de una verdadera novedad dramática. Por eso vamos á dedicarle algunas líneas en nuestro periódico por vía de crónica teatral.

Elena es en lo largo un drama por arrobas; en el Balon lo ha sido por quintales si se atiende

á la insufrible pesadez de los entreactos, y ya esto es de suyo una circunstancia nada buena. Hay además escenas de una languidez mortal, y entre ellas citaremos todas las del acto quinto, que camina á paso de tortuga de exclamacion en exclamacion, de gemido en gemido, ora con los delirios de don Gerardo, ora los de doña Elena, y ora con los de ambos á duo, hasta la fatídica catástrofe del pistoletazo con que el enamorado viejo pone fin á su estravagante existencia.

Sin embargo, cuando Breton vuelve á su acostumbrado género, cuando empuña la pluma que tantos laureles y aplausos le ha conseguido, entonces halla facilmente todos los recursos de su gracia, de su diálogo admirable, de su fluida y facilísima versificación. Esto vemos en las escenas del conde y de la viuda, esto en las del capitán de bandoleros y el mogigato bribon, y esto en fin en todo el acto cuarto, que si bien un tanto episódico y forzado, hace perdonar tales defectos merced á la variedad y ligereza con que está escrito.

El señor Breton no ha vuelto á escribir mas en este género, y en nuestro concepto ha hecho muy bien; porque lo bueno que en él hay es solo lo bastante para hacer pasar lo malo.

Gracias sin duda á aquello el drama tuvo un gran éxito, obteniendo los honores de la tarde la señora Bastío, el señor Barrera y el joven Dardalla, los tres tan aplicados como celosos de corresponder á los aplausos con que el público los favorece.

E. F. A.

SECCION DE NOTICIAS.

MADRID 15 de Setiembre.

Se han ejecutado en el teatro de la Cruz dos piececitas dramáticas: *Los encantos de la voz, y A lo hecho pecho*; la primera es del señor Diana y la segunda del señor Breton de los Herreros. Verdaderamente se pasó un rato sumamente agradable en la noche del miércoles último, pues la composicion del señor Diana, en prosa, tiene un diálogo tan bien sostenido y gracioso en extremo; y la del señor Breton en verso, tiene tantas gracias y agudezas y un diálogo tan picaresco que escita la risa á cada verso. La señora Perez y Tablares, y el señor Caltañazor desempeñaron á la perfeccion sus respectivos papeles; la concurrencia fué regular.

—La señorita doña Joaquina Vera ha presentado en el teatro del Circo un drama en tres actos, traducido del frances, bajo el título de *Faciencia y barajar*.

—Ayer se leyó un drama lírico del joven poeta granadino don Miguel Gonzalez Auriol. Dicese que casi todas las escenas de este libretto arrancaron aplausos á los literatos que asistieron á su lectura.

—Está en lista para ser representada el 29 del corriente la tragedia de la señorita Avellaneda *El príncipe de Viana*. A esta seguirá la intitulada *Tomas Moro*, del señor Madrazo.

—Antes que la ópera el *Nabucodonosor* se ejecutará, según parece, en el teatro del Circo *La Favorita*. También se ensaya el baile nuevo *La Pery*. La obra del teatro quedará concluida en la presente semana.

—El señor Saldoni está escribiendo una ópera que deberá ejecutarse en el Liceo.

—El señor Latorre parece que se ha encargado del papel de Catilina, en la tragedia de este título que ha escrito el señor Diaz.

REMITIDO.

Señores redactores de la MODA.

Cádiz 19 de Setiembre de 1844.

Muy señores míos: en el número 125 de su apreciable periódico, he leído un aviso que no puede menos de haber originado en todos la curiosidad misma que me obliga á dirigir á ustedes la presente, rogándoles se sirvan decirme qué Grillo ó que demonio es ese que viene y ha llegado á esta plaza huyendo de un catalán, y dónde habita esta notabilidad que en la presente temporada viene á ser el cuarto ó quinto, porque no parece sino que desde Turquía hasta todo el orbe se ha propuesto visitar á Cádiz.

Repito que si les es factible satisfagan la curiosidad y les quedará reconocido su afectísimo servidor q. b. s. m. = Un suscriptor.

Careciendo al presente la redacción de los datos de la vida y milagros del señor Grillo, se reserva contestar al curioso comunicante cuando les sea posible adquirirlos.—RR.

VARIEDADES.

Un capitán marino inglés ha inventado un instrumento que le ha llamado *teléfono* que se compone de muchas trompetas reunidas, y el cual se infla con el aire comprimido. Se calcula que sus sonidos deben oírse á seis millas de distancia. Puede servir para evitar choques

de navios, de vapor y caminos de hierro, y para transmitir las señales en tiempo de niebla.

—Los diarios de Valencia hablan de un pigmeo natural de Ischia que se llama Pedro Biarchi; tiene 21 años, dos pies y diez pulgadas de alto, y pesa 24 libras. Es muy proporcionado; su rostro bien parecido, la forma de la cabeza correcta, y su inteligencia nada común. Habla con perfección cinco idiomas.

—Un predicador que debía hacer el panegirico de San Lucas, ante un respetable cabildo, se cortó al principio del discurso, y no salía de esta frase:—*«Lucas, yo os saludo.»*—Cansados los canónigos, fueron desfilando uno tras otro, y el último dirigiéndose al predicador le dijo: *«Y cuide usted, padre, de darle espresiones de nuestra parte.»*

LAS TRES PREGUNTAS.

Federico I, rey de Prusia, cuyo principal placer consistía en tener bien disciplinadas sus tropas, siempre que por primera vez veía en sus filas un recluta, se dirigía á él y le hacía estas tres preguntas: primera: ¿Qué edad tienes? Segunda: ¿Cuanto hace que estás á mi servicio? y tercera: ¿Percebes con puntualidad tu paga y tu vestuario?

Sucedio pues que un francés que habia recibido una excelente educacion militar, solicitó servir en las guardias del rey, y al momento fué admitido por los conocimientos que poseia. El joven recluta no entendia ni una palabra de alemán, de modo que el capitán de su compañía tuvo que instruirle del modo con que habia de responder á las tres preguntas que necesariamente le habia de dirigir el rey, haciéndole aprender de memoria y por su orden, una respuesta para cada pregunta.

Llegó el día de la revista, y no bien hubo reparado el rey en una cara nueva, cuando sin mas preámbulos, tomando antes un magnifico polvo, se dirigió al francés, mas por desgracia y contra su costumbre, empezó por la segunda pregunta, y dijo: ¿Cuanto tiempo hace que estas á mi servicio? El soldado que no entendió ni media letra contestó con prontitud según le habian enseñado: Veinte y un años señor. Sorprendido el rey de ver que el semblante de el soldado no demostraba tener mas edad que los años que acababa de decir, le preguntó en seguida: Y entonces ¿qué edad tienes? Un año, respondió el soldado sin titubear.

Mas sorprendido aun Federico con esta segunda respuesta, dijo: Vamos, ó tu ó yo estamos locos. El soldado, tomando esta por la tercera pregunta relativa á la paga y el vestuario, contestó con entereza y satisfacción: Ambos señor!

Esta es la primera vez, dijo el rey, cada vez mas sorprendido, que me han llamado loco frente á mis guardias.

Agotado el caudal de respuestas del soldado no pudo contestar á esta última observacion del rey, y tuvo que valerse de su lengua nativa para noticiarle esa circunstancia, con lo que, aclarado el misterio conoció el rey la naturaleza del caso, se rió de buenas ganas y aconsejó al joven recluta que se aplicara al alemán y cumpliera siempre con su deber.

CADIZ: 1844.

Imprenta de don Manuel José de Uclés, calle del Vestuario, número 97.